

hebrea, es en la especie de que Israel penetrara con las armas en la mano en la comarca occidental para apoderarse de ella. Al principio varias familias israelitas, forzadas a emigrar por el exceso de poblacion de la comarca oriental, debieron de adquirir tierras en la parte occidental por medio de compras ó contratos celebrados con los aborígenes cananeos (1).

En tiempos de la inmigracion israelita en la tierra occidental del Jordán, no formaban, ciertamente, los cananeos una perfecta liga nacional. También ellos, á pesar de haber adoptado la vida agrícola y de habitar en aldeas y ciudades, se dividían en muchos pequeños clanes y tribus. Sin embargo, eran con seguridad bastante fuertes para rechazar con las armas en la mano una irrupcion violenta de las tribus hebreas; y aunque éstas hubiesen conseguido por sorpresa la conquista de una ciudad ó la ocupacion de un territorio, esto no hubiese significado en todo caso mas que una victoria pasajera. Los intrusos habrían sido prontamente arrojados al otro lado del Jordán, pues de parte de los cananeos estaban las ventajas de una cultura superior y del número; por los pasajes de Jos. 17, 16 y Juec. 1, 19, 3, 1, 2, se vé claramente cómo aun en los últimos tiempos la organizacion militar de los cananeos era muy superior á la de los israelitas.

En cambio se comprende muy bien que los cananeos no tuviesen inconveniente en consentir que algunos clanes aislados y familias, procedentes de la otra parte del Jordán, se establecieran en la comarca occidental. Ante todo esperarían poder librarse de esta suerte de una plaga que indudablemente les dió mucho trabajo durante algun tiempo. La bien cultivada tierra cananea era ya de por sí una tentacion para las correrías de la juventud belicosa de Israel. Así como los israelitas, despues de su establecimiento en la comarca occidental del Jordán, tuvieron que rechazar á menudo á los hijos del desierto que atravesando rápidamente la comarca oriental y pasando el rio devastaban y saqueaban los parajes situados al Oeste, del mismo modo á su vez habian sido constantes las correrías de la juventud israelita en el otro lado del Jordán, tan pronto como hubo cierto exceso de poblacion en la comarca oriental. Permittiendo, pues, los cananeos que se establecieran familias israelitas en su territorio, se aseguraban su amistad, proporcionándoles parte del terreno excedente; pues entonces debia existir todavía en la comarca occidental bastante tierra por cultivar. Los cananeos tenían por lo general densamente ocupados las llanuras y los valles, y también algunas elevadas mesetas y montes que se distinguían por su favorable situacion, pero entre estos terrenos existia abundante bosque que aguardaba la explotacion. En estos territorios se desarrolló la mas antigua poblacion israelita en aquella comarca, en la cual se nos presentan los hijos de Israel en los tiempos mas remotos como un pueblo rudo de leñadores.

Muy cierto es que, una vez ya establecido mayor número de familias israelitas, penetraron también allí multitudes armadas en busca de su parte, como lo hicieron Dan, Simeon y Leví. Los bosques les ofrecían guardias en las cuales podían acampar y hacerse fuertes, y en estas intentonas seguramente que no les faltaria, dentro de ciertos límites, el apoyo de sus compatriotas ya establecidos en aquella comarca. Pero precisamente la historia de estas tribus nos enseña cuán poco natural y ventajoso era este camino para apoderarse de la tierra occidental del Jordán. La tribu de Dan, naturalmente tenaz, belicosa y dada al pillaje, solo despues de muchas tentativas obtiene un exiguo territorio en el extremo Norte; pero las de Simeon y Leví, que traidoramente sorprenden á

(1) Ya hemos llamado la atencion sobre este punto en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1881, págs. 148 y siguientes.

los Bene-Hamor en Siquem, son alcanzadas por la venganza de los cananeos, sin que sus compatriotas se apiaden de ellas. Además, la leyenda que representa á los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y Judá como viviendo constantemente en paz con los aborígenes, demuestra muy á las claras con esto cuál debió de ser el verdadero estado de las cosas.

Pacíficamente, pues, entró Israel en posesion de la comarca occidental del Jordán. Un clan tras otro debió de emigrar allí, y viviendo entre los cananeos se fundieron en parte con ellos. La leyenda de los patriarcas prueba que existió el connubio entre israelitas y cananeos y que se hizo uso de este derecho en la mas vasta escala. Precisamente por este medio creció la masa de la poblacion de Israel. Los santuarios de Canaan fueron también santuarios de Israel. En todos los ramos de la cultura fué Israel el discípulo de Canaan. Pero por grande que fuera la influencia del pueblo mas culto en la tribu hermana menos adelantada; por mucha que fuera la sangre extraña que en ésta penetrara, en un punto permaneció fiel á sus costumbres antiguas: en la adoracion de Jehova, su dios nacional. Como la religion de Jehova, procedente del Sinaí, era tan superior á la de Canaan, como este pueblo lo era en cultura al de Israel, sucedió que el nuevo producto nacido de la mezcla de elementos israelitas y cananeos, siguió el impulso de Israel en todas las cosas espirituales, adquirió caracteres israelitas y empezó á mirarse como un pueblo de señores (como hijos de Sem), al cual estaba destinada á servir la poblacion primitiva puramente cananea.

De esta suerte, conquistó Israel, en lo esencial de una manera pacífica, á Canaan. Paulatinamente una poblacion israelita fué sustituyendo en algunos territorios á la antigua rural cananea: pero aun despues de sucedido esto, permanecieron todavía siendo cananeas las ciudades. El paso de éstas á la nacionalidad israelita, se verificó mucho mas tarde, constituyendo la segunda etapa en el camino de la completa conquista de la tierra. Las ciudades mas importantes, como Jerusalem y Siquem, solo fueron hebreas al comenzar los tiempos históricos; y aun aquí también la conquista no se hizo por medio de las armas sino en parte, sin que en manera alguna se extinguiera la poblacion. En todo caso no sucedió esto último en las muchas veces que se adhirieron ciudades libremente por medio de pactos. A menudo debió la adhesion ser fruto de la inmigracion paulatina de familias israelitas y del connubio existente entre éstos y los cananeos. Solamente al empezar la época de la monarquía se alteraron, como ya hemos observado, estas amistosas relaciones entre ambos pueblos. El distinto desarrollo de la religion, la lucha llevada hasta el ensañamiento en algunos territorios, separaron mas y mas á un pueblo del otro. La especie de la leyenda genealógica de que los cananeos no descendían de Sem es la expresion de esta enemistad. El relato de la conducta de Canaan cuando la embriaguez de Noé es una prueba del odio existente entre ambos, y del desprecio con que la casta dominadora de los israelitas miraba á la primitiva poblacion. Así, merced á su inmigracion en la comarca occidental del Jordán, se convirtió Israel en otro pueblo, y solo allí llegó á ser una nacion.

Pero en muchos linajes israelitas hubo mas sangre cananea que hebrea: tan cierto es que no hubo tal destruccion de la primitiva poblacion cananea al ser conquistado el país; y en toda la historia se destaca muy marcadamente la diferencia entre la nacionalidad oriental y la occidental del Jordán. Sin embargo, en esta última predominó de tal manera, desde los primeros tiempos históricos, el centro de gravitacion de la fuerza popular israelita, que en la leyenda aparece esta comarca como el objeto final de la emigracion, como la tierra prometida. Solo en ella se forman despues de la inmi-

gracion las tribus posteriores, para lo cual son condiciones determinantes las circunstancias geográficas y principalmente cierta mezcla con tribus no israelitas. En la mencionada comarca occidental solo llegan á formar tribus israelitas los clanes hebreos que encuentran mucha tierra para roturar ó que logran adherirse muchos elementos no israelitas. Que la formacion de estas tribus se haya conformado en gran parte á la division en tribus y clanes ya existente en la comarca oriental, no hay para qué negarlo; pero negamos, de la manera mas terminante, que los israelitas pasaran el Jordán organizados de esta suerte. Aun á principios de la época de los reyes no se hallaba todavía completa y perfecta en todos sus caracteres esta organizacion, como lo prueba no solo la historia de la tribu de Judá, sino también la circunstancia de que las tribus en aquella época representan un papel muy insignificante en el organismo político y administrativo. De haber tenido entonces las tribus condiciones de estabilidad, no se hubieran contentado con tan poco.

Sin embargo, antes de proceder á la descripcion de las varias tribus y de sus territorios, debemos tratar de aquellos pueblos vecinos de los israelitas que, además de los ya nombrados, contribuyeron á la formacion de Israel, influyendo en la de las tribus como en general en la historia israelita.

5. Israel y sus vecinos.

Por las razones mencionadas anteriormente, en ningun tiempo fué Israel dueño de toda la comarca occidental del Jordán. La costa permaneció con cortas excepciones en poder de los cananeos, los cuales en la época de la inmigracion ya se habian organizado allí desde hacia bastante tiempo en los poderosos y florecientes Estados comerciales que acostumbramos á designar como fenicios. Además, la influencia intelectual y material de Akko, Sor (Tiro) y Sidon fué tan grande en la tierra interior, que impidió allí la absorcion de los primitivos cananeos por los inmigrantes israelitas y, al propio tiempo, la formacion de tribus israelitas mas compactas en el Norte. Segun lo que sabemos hasta hoy, los israelitas vivieron en paz con estos Estados fenicios. Unos y otros estaban obligados á comerciar entre sí, y las relaciones comerciales solo prosperan en tiempos de paz. Las ciudades fenicias daban salida á los productos de la Palestina, á los cereales de la comarca oriental del Jordán, al bálsamo de las tierras bajas, á los esclavos de uno y otro sexo que se hacían en las expediciones guerreras, y ofrecían además un mercado siempre dispuesto para la adquisicion de los productos de las ganaderías. En cambio los israelitas, en los tiempos antiguos se proveían allí de todos los productos de las manufacturas y de las artes que no podían elaborar en sus granjas. Por eso para el israelita, comerciante y cananeo significaban lo mismo. Este tráfico comercial, como también la circunstancia de que las ciudades fenicias eran inexpugnables para el modesto arte militar de los israelitas, obligaron á la paz. Además, al penetrar los filisteos en la Palestina como conquistadores, las ciudades fenicias debieron de tener interés en que los habitantes de la Siria meridional, explotada por ellos comercialmente, se unieran en un poderoso Estado político, pues solo en éstos podían encontrar aliados contra los enemigos.

Los filisteos son los vecinos del pueblo de Israel que mas distan de él en usos y costumbres, si bien no se puede deducir de esta circunstancia que no hubiese habido mezclas entre ambos. La leyenda de Samson nos prueba ya lo contrario. Especialmente en los tiempos del primer reinado fueron muchos filisteos á Israel para servir como guerreros y continuaron despues viviendo allí. Obed-Edom, el geteio, en cuya

casa David dejó el Arca de la Alianza, 2. Sam., 6, 11, era un filisteo (1). Los filisteos, segun Am., 9, 7, Deut., 2, 23 y Jerem., 47, 4, habian emigrado de Caftor. Muchos suponen que Caftor es la isla de Creta. Esto es muy posible, pues que, segun 1. Sam., 30, 14, una parte de la tierra filistea se llamó la meridional de los cretenses como antítesis del territorio meridional de Judá y de Caleb. Se trataría, pues, del regreso de la isla de Creta de antiguos emigrantes semitas, que, tal vez, se vieron estrechados por los emigrantes hebreos. Sabido es que la Odisea, 19, 172-177, al describir la isla de Creta, menciona que allí se hablaban varios idiomas, y moraban cinco pueblos distintos, á saber: los aqueos, los que donios, los dorios, los pelagos y los eteo-cretenses (verdaderos cretenses). Que hubo semitas entre la poblacion de aquella isla, lo prueba la existencia del nombre de un rio llamado Jardanos; además, los nombres de los filisteos, los de sus ciudades y los de su organizacion, prueban asimismo que eran semitas (2).

Los filisteos habitaban el territorio Sur de Jafo, hasta Gaza. Su morada no se limitaba en manera alguna á la costa, sino que mas bien se extendía hasta la montaña de Judá, en cuyos límites se encontraban Timnat y Gad; mas la poblacion solo en la costa debió de ser puramente filistea. Los filisteos como los israelitas absorbieron paulatinamente la poblacion primitiva cananea que encontraron. En los primeros tiempos de los reyes no fueron todavía vecinos Judá y los filisteos en toda la longitud de los límites orientales de estos últimos, sino que se habian conservado entre ambos algunos restos cananeos, que solo posteriormente se asimiló Judá. Tampoco despues fueron siempre iguales los límites de aquellos dos pueblos, como el ejemplo de Libna nos lo demuestra claramente. El territorio filisteo se dividió en los de las cinco ciudades Gaza, Asdod, Askalon, Gad y Ekron, la llamada Pentápolis filistea. Sobre cada uno de estos territorios gobernaba un príncipe; éstos son los cinco príncipes de los filisteos (*sarne pelischtim*), sus caudillos en las guerras. Los filisteos han demostrado en alto grado que eran un pueblo apto para la guerra. Poseyeron un ejército organizado, con carros, jinetes é infantes, que combatía en ordenada formacion de batalla. De ahí que temporalmente dominara á Israel.

También en el Norte fueron los cananeos en los tiempos mas antiguos, vecinos de Israel. Desde el Hermon hacia el Norte (3) se extendía el reino del pueblo cananeo de los heteos (hebr. *Chittim*) cuya capital, Cadesch, estaba situada en un lago artificial del Orontes y así hoy todavía se llama este lago el de Kedes (4). Este reino de los heteos fué tributario de David. En la guardia personal de éste hallamos á un heteo, Urias, casado con Betsabé, israelita de buena familia. Existía, por lo tanto, el connubio entre heteos é israelitas. En los tiempos de las 18, 19 y 20 dinastías egipcias este reino de los heteos ó cheta, como lo llamaban los egipcios, fué el mas poderoso del Asia anterior, y sostuvo luchas encarnizadas con los Faraones de estas dinastías (5). Mas cambió poco á poco este estado de cosas en el Norte á causa de la irrupcion de tribus arameas. Estas parecen haber procedi-

(1) 1. Crónica, 16, 38, le representa como levita.

(2) De opinion contraria es F. Hitzig: «Historia primitiva y mitología de los filisteos», Leipzig, 1846, así como Kneucker en el «Léxico bíblico de Schenkel», IX, págs. 541 y siguientes. Mas exacto es Winer, «Real-Lexikon», II, págs. 251 y siguientes.

(3) Es una mala inteligencia de la Escritura fundamental que los heteos hubiesen habitado también el Sur de la Palestina, en las cercanías de Hebron.

(4) Robinson: «Últimas investigaciones bíblicas», Berlin, 1857, páginas 715 y siguientes.

(5) Véase H. Brugsch: «Inscripciones geográficas», Leipzig, 1858, tomo II, págs. 20 y siguientes.

do del Eufrates y de las tierras montañosas del Norte del mismo río y sido desde un principio pastores. Allí se han conservado hasta hoy restos de esta población, que hablaba un dialecto del grupo de los semitas del Norte, muy afín a las lenguas cananeas. Aparecieron primero en la Palestina, al Norte de la tierra oriental del Jordán; fundaron los reinos de Damasco, Geschur, Ischtob, Maacha y Soba con los cuales ya tuvo que luchar David, y penetraron cada vez más, tanto al Oeste como al Sur. Lo mismo que los hebreos, se asimilaron la primitiva población cananea, y de este modo el pueblo de los heteos se fundió con los hebreos poco a poco. Tampoco consiguen los arameos apoderarse de los emporios comerciales situados en la costa. En la comarca oriental del Jordán fué Galaad durante mucho tiempo el territorio hebreo fronterizo. De ahí proviene la especie de la leyenda de que Galaad era un monumento erigido por Jacob y Laban como testimonio de alianza, Gén. 31, 46 y siguientes (E.). Los arameos, antes de la aparición de los asirios, fueron los enemigos principales de Israel. Su lengua, bajo las dominaciones asiria, persa y hasta bajo la griega hace siempre nuevas conquistas en la Palestina. Hacia la época del nacimiento de Cristo había desterrado de allí todas las lenguas semíticas, y compartía todavía el territorio únicamente con el griego. Después los árabes acabaron con la lengua y la nacionalidad arameas.

El espacio entre los límites Sudoeste de Judá y de los filisteos hasta la muralla de Egipto había estado ocupado desde antiguo por tribus nómadas que nos hemos acostumbrado a designar con el nombre de *árabes*, nombre que solo ha tenido origen en tiempos relativamente modernos. Podemos conservar esta expresión, pero teniendo siempre presente que en manera alguna entraña el concepto de que aquellas tribus hubiesen hablado lenguas que pertenecieran a la rama llamada hoy árabe de las semíticas meridionales. Lo mismo pudieron pertenecer a la rama cananea que haber formado otra propia ya extinguida de las lenguas semíticas. Estas tribus del desierto son los amalecitas, los cainitas (cineos) y los ismaelitas. Ya hemos tratado de los cainitas y de la relación que guardan con los amalecitas y los madianitas. Los amalecitas (1) parece que vivieron en enemistad manifiesta con los israelitas, a los cuales molestaban con sus correrías. Saul y David luchan con ellos. Una parte de los amalecitas se adhiere después a Edom y otra parece haberse confundido con Efraim, Jueces, 5, 14. En cambio pudieron existir relaciones de amistad entre los ismaelitas y los israelitas, si bien, como es natural, el indomable nómada, que no reconoce autoridad política alguna, debió de pesar siempre sobre los agricultores limítrofes por el antagonismo de sus respectivos intereses. Así, pues, la excelente pintura que según J., Gén. 16, 12, hace el ángel de Jehová a Agar, junto a la fuente Lahayroi, de su futuro hijo: «Y él será un hombre fiero, su mano contra todos y las manos de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará (2)» parece tomada de la vida real. Las buenas relaciones entre Ismael e Israel ya se manifiestan en la leyenda genealógica considerando a Ismael como hermano de padre de Isaac, y nacido de una concubina de Abraham, la egipcia Agar. Como se comprende perfectamente, el nombre de Agar es el de una subtribu ismaelita. La especie que atribuye a Abraham la concubina Keturá no es más que una

(1) Véase el estudio de Nöldeke sobre «los amalecitas y algunos otros pueblos vecinos de los israelitas en Oriente y Occidente», 1864, II, páginas 614 y siguientes.

(2) Generalmente se interpreta esto como «hacia el Oriente», lo que ni aquí ni en Gén., 25, 18, puede ser exacto por razones geográficas. Wellhausen interpreta el pasaje de este modo: «Él se montará sobre la nariz de todos sus hermanos.»

expresión diversa de un concepto enteramente igual; también debemos considerar aquel nombre como el de una subtribu ismaelita. Este modo de expresarse tuvo sin duda su origen en los santuarios de Beerseba, Lahayroi y Hebron, los cuales con toda probabilidad serían visitados igualmente por israelitas e ismaelitas (3). Una prueba de que existió el connubio entre ambos pueblos tenemos en el hecho de que una hermana de David, Abigail, estaba casada con un ismaelita llamado Jitra (4). El nombre de los ismaelitas desaparece muy pronto en la historia. Como nada sabemos de catástrofe alguna que sobreviniese a este pueblo, debemos conjeturar que tal vez Ismael, lo mismo que Israel, no eran aun en los tiempos históricos más que el nombre de una confederación de algunas tribus, la cual se deshacería desapareciendo con ella el nombre de Ismael, como también hubiese desaparecido el de Israel con la catástrofe de 722 si no hubiera adquirido cierta significación espiritual que permitió que fuese traspasado a Judá. Así, pues, las tribus ismaelitas debieron de subsistir bajo sus nombres particulares. La cita que del nombre de Ismael hace Gén. 25, 13, 14 (Escritura fundamental) como tronco de cierto número de pueblos árabes, que se designan en tiempos posteriores como habitantes del desierto sirio, no es más que la resurrección artificiosa del antiguo nombre. El judaísmo posterior al cautiverio acostumbra a designar con el nombre de Ismael a los árabes en general. De los judíos pasó también a éstos el nombre y su significación. Así se explica que el nombre de Ismael haya sido utilizado por los genealogistas árabes para toda clase de especulaciones. Asimismo se deriva del concepto judío la designación de los mahometanos como ismaelitas.

6. El sistema genealógico de las doce tribus.

Nos hemos acostumbrado a considerar a Israel como un cuerpo dividido en doce tribus. Esta división, sin embargo, no ha tenido jamás significación alguna práctica; siempre ha sido teórica. Ninguna antigua narración de carácter histórico nos da de ella informe alguno. Esta división debe su origen a la serie de conceptos sacerdotales; se originó en los antiguos santuarios y se formó para los fines de la apreciación genealógica de la leyenda patriarcal. También las genealogías de otros pueblos han sido arregladas artificiosamente sobre la base del número doce.

Jamás existieron doce tribus en el mismo período de tiempo, siendo unas veces más y otras menos. Las tres de Simeon, Leví y Rubén estaban representadas en la época de los reyes, si es que aun existían, solo por algunas familias. La leyenda para sostener artificiosamente el número doce, se vio obligada unas veces a prescindir de la tribu de Leví y otras a considerar como una sola las de Manasés y Efraim. Evidentemente la computación de las tribus sobre la base del número doce era diversa según los distintos lugares. Además, ciertas teorías a menudo ofrecen la duda de si determinada tribu debía o no ser considerada como tal. Las más importantes, como las de Judá, Efraim, Manasés y Gad, abrazaban gran número de subtribus, cuya población y cuyo territorio y, por lo tanto, también cuya influencia política sobrepujaban considerablemente a muchas de las tribus comprendidas en el número doce.

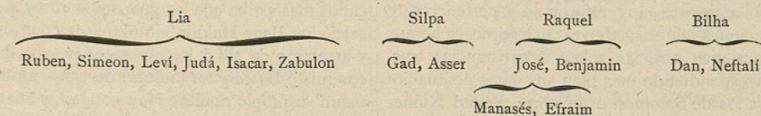
Las varias formas en que en un tiempo estuvieron repre-

(3) Véase mi estudio: «¿Dónde se originaron las leyendas sobre el origen de los hebreos?» en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1881, págs. 347 y siguientes.

(4) Así debe leerse 2. Sam., 17, 25, según 1. Crón., 2, 17.

sentadas genealógicamente las tribus de Israel, se igualaron respectivamente, y así dominó una forma determinada de apreciación genealógica.

En esta genealogía predominante se hacen derivar las tribus de los hijos de Jacob de dos esposas y de dos concubi-



Lia representa la primera esposa de Jacob; da a luz primero que Raquel, la cual es la esposa predilecta de Jacob. Esta forma de la leyenda presupone la división del reino. Lia, la esposa legítima, pero postergada de Jacob, es el reino de Judá, que es sobrepujado en poderío y consideración por Raquel, esto es, por el reino más moderno de la tribu de José.

Una vez determinado esto, debemos buscar la clasificación, bajo este punto de vista, de las tribus de la comarca oriental del Jordán. Y ésta existe también, pues Gad, una de las tribus más importantes como Judá y José, procede de una concubina, esto es, la fama de esta tribu se había ya eclipsado en la época de la división del reino y su poderío había menguado.

Es de suponer que debió de existir una forma genealógica en la cual aparecieran las tribus israelitas como esposas de Jacob y que expresara la situación respectiva de las esposas con el marido, pues según lo observado anteriormente nombres como Lia, Raquel, Silpa y Bilha deben ser considerados como los de distintas tribus hebreas (1). Independientemente de esto debió también de existir una clasificación genealógica según los hijos, como se desprende de que Leví no es sino el nombre gentilicio de Lia. El grupo de leyendas que conoció a la tribu de Leví bajo la forma de Lia como esposa de Jacob, no conoció, como es natural, a Leví como hijo de Jacob y vice-versa.

También el ya mencionado principio de la clasificación de las tribus según las mujeres, se cruza en otras partes todavía con otros principios que no se transparentan siempre. Consideraciones geográficas pueden haber dado lugar a que se compare a Bilha, madre de Dan y Neftalí, con Raquel, madre de José y Benjamin, y también a que se compare a Rubén, Simeon, Leví y Judá, pero no a Silpa con Lia. No se ven en manera alguna las razones que han motivado que la tribu de Rubén, en todos tiempos muy insignificante, sea colocada como el primogénito de Jacob, antes de Simeon, Leví y Judá; no es menos inexplicable que Zabulón e Isacar fueran reunidos con Judá en un mismo grupo bajo Lia, y Asser con Gad bajo Silpa. Que Judá fuera atribuido a Lia, tal vez fué sencillamente ocasionado por la estrecha relación entre Judá y Simeon, con el último de los cuales estaba, por otra parte, unido Leví por ciertas vicisitudes comunes de que ya hablaremos más adelante. Débese también conceder como posible que en el hecho de atribuir Isacar y Zabulón a Lia y Asser a Silpa se reflejen sucesos políticos que no han llegado a nuestro conocimiento. Solo es completamente transparente lo que dice la leyenda genealógica sobre José y Benjamin. Los troncos de estas tribus, como otros personajes, nacieron después de una larga esterilidad de la madre y después que sus demás hermanos; esto es, como ya se ha indica-

(1) Véase el estudio del autor: «Lia y Raquel» en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1881, págs. 112 y siguientes. Obsérvese también que el adjetivo *Bilhan*, correspondiente a Bilha, aparece en Gén., 36, 27, como el nombre de un clan edomita.

nas. Cada una de estas últimas fué primitivamente esclava de una de las esposas de Jacob; esto es, las tribus derivadas de la concubina se enlazan en una u otra forma más íntimamente con las derivadas de la respectiva esposa. El sistema definitivo fué éste:

do, llegaron tarde a alcanzar fama y consideración. José es el hijo favorito, su madre la esposa favorita; esto es, el reino de José fué la gloria de Israel. Benjamin es el hijo menor; esto es, su tribu fué la que se formó últimamente en la comarca occidental del Jordán, si bien antes que la de José se hubiese disuelto en las de Manasés y Efraim. Por eso Manasés y Efraim no son hijos, sino nietos, de Jacob; Manasés es el primogénito, pero Efraim el bendecido por Jacob, esto es, Manasés poseyó antes que Efraim un reino, poderío y consideración; pero Efraim fué más poderoso después.

De Jacob se hace descender también una hija llamada Dina, a quien Siquem, hijo del príncipe Hamor, de Siquem, seduce y luego pide en matrimonio. Esta es una figura sencillamente formada para los fines de la apreciación genealógica. Representa una minoría israelita que ya en los tiempos anteriores a los reyes se formó, probablemente por emigración, en Siquem, la ciudad de la tribu cananea de los Benehamor (hijos de burro). Acerca de esto diremos más en las páginas siguientes.

Este estado de cosas nos enseña al propio tiempo que debemos guardarnos de buscar en la leyenda genealógica dato alguno sobre el modo de ser de la inmigración en la Tierra Santa. Ningún recuerdo histórico alcanza a aquellos tiempos. Los elementos más antiguos de la leyenda de las tribus son los que nos descubren su movimiento de formación (Dina y Siquem, Judá y Batschua, la cananea, Hira, Schela, Er, Onan, Tamar, etc.). Por lo demás, la leyenda de las tribus no recibió su actual forma sino en la época de la división del reino. Asimismo todas las demás noticias que poseemos sobre las varias tribus reflejan en su mayor parte las situaciones de aquella época. Estos datos son los que ahora presentaremos compendiados. Procuraremos, si es posible, delinear una imagen de la agrupación geográfica de las diversas tribus. Esto es tanto más necesario cuanto que los conceptos usuales, sobre la repartición y posesión de los territorios de cada una de ellas, dependen por completo de los de la Escritura fundamental, que en todo lo esencial presenta una imagen enteramente anti-histórica y retrotraída por hipótesis sobre lo pasado debidas al judaísmo de los tiempos del cautiverio.

7. Rubén, Gad y media tribu de Manasés.

Ya hemos visto que el concepto de que Moisés, después de la conquista de la comarca oriental del Jordán, la repartiera entre las tribus de Rubén, Gad y media de Manasés, es históricamente insostenible. El territorio de Galaad es la única posesión antigua israelita en aquella comarca. Allí moraron en un principio Rubén y la tribu designada con el nombre de la diosa de la fortuna, «Gad» (2), la cual también, desde muy antiguo, se llamó Galaad del nombre de su

(2) E. Siegfried: «Gad-Mení y Gad-Manasés», en los *Anuarios de la Teología protestante*, 1875, págs. 361 y siguientes.